

testimonis, a través de la seva recerca en arxius i hemeroteques, de la transcendència d'un projecte que ha significat molt més que la simple construcció d'una empresa comercial destinada al lleure.

La tercera vessant continguda a l'obra és la que la fa més entranyable sense restar-li validesa, la dels records. J. A. Rosell inaugura aquesta dimensió quan, des d'una òptica personal, ens fa cinc cèntims del moment on va néixer el Teatre i de la importància que van tenir episodis concrets com la filmació de La Fiel Infantería o les trifulgues d'algunes Festes Majors, que ell mateix com a antic Conseller de Festes coneix prou bé. Com a director dels *Comediants*, Joan Font repassa anècdotes que aquesta companyia teatral havia viscut durant les representacions a Lleida. De fet, el Principal esdevé aquí el trampolí per a saltar a altres espais geogràfics i adonar-se que Lleida no era pas una lloc d'excepció en assumptes de censura i altres dificultats. I com a punt final no podia faltar la veu de l'experiència de Jordi Cortada, l'empresari del Teatre Principal, que tramet el seu testimoni de la mà mestra de Pau Echauz. Amb una gran franquesa relata les decisions familiars que, en el seu moment, van fer possible l'eclosió de l'establiment i que, després de cinquanta anys, continuen mantenint en vida aquest punt neuràlgic per a tota la ciutat.

En un llibre d'aquest tipus no hi podia faltar el capítol dels agraïments. No sempre és fàcil agermanar gent amb interessos distints al voltant d'una causa. Per això també des d'aquí volem felicitar els editors per la seva tasca. Gràcies per haver-nos permès accedir a la memòria d'un edificici tot retrobant ensem la nostra.

M. Carme Figuerola

Bernard Duchatelet, *Romain Rolland tel qu'en lui-même*, Paris, Albin Michel, 2002.

Antes de zambullirse en el letargo veraniego la editorial francesa Albin Michel ha querido agasajar a sus lectores con un libro magnífico: *Romain Rolland tel qu'en lui-même*. Su autor, Bernard Duchatelet, profesor emérito de la Universidad de Brest, gran conoedor de la obra de Rolland, cuenta en su haber con otros muchos méritos, entre los cuales figura la edición de varias correspondencias mantenidas por el escritor francés.

Desde la portada misma se define el propósito del presente volumen: una fotografía en blanco y negro presenta un rostro enmarcado por una ancha frente bajo la cual conviven una nariz alargada, algo aguileña y unos labios finos coronados por un bigote que, como las cejas, se eriza para dejar traslucir sus tintes canos. Pero lo más destacado, aquello que uno no puede eludir bajo excusa alguna, es la mirada. Unos ojos grandes un tanto hundidos

y que se adivinan claros —en concreto azules, precisará el autor más adelante—, unos ojos que, como dice el refrán, “son el espejo del alma”. Su expresión es la de un excelente observador, atento a su entorno, deseoso de fijar el mundo en sus retinas para conocerlo, para penetrarlo y en última instancia, para aprehenderlo. Todo ello, sin ánimo perverso; antes al contrario con una voluntad sobria que exhala paz: de toda su persona “emana una especie de calma blanca, luminosa, un poco sobrenatural” constataba Louise Cruppi, amiga del personaje en cuestión y a quien Bernard Duchatelet tiene a bien citar.

Esa composición paratextual, cuidada hasta el más ínfimo detalle, dispone con maestría y elegancia otro elemento: el título. Sobre un fondo negro se estampan grandes letras rojiblancas. El rojo, color vivo, solar, imagen de ardor y belleza —nos dicen Chevalier y Gheerbrant en su *Dictionnaire des symboles*—, color cuya fascinación procede de la convivencia de valores encontrados: acción y pasión, liberación y opresión... Junto a él convive el blanco, matiz diurno, absoluto, símbolo de la pureza... Ambas tonalidades traducen las experiencias íntimas que el lector va a poder percibir a lo largo del libro y que los compañeros de Rolland en su período de estudios de la Escuela Normal definían ya con la metáfora “un volcán bajo el hielo”.

A juzgar por el significado del título, el biógrafo se propone forjar un retrato al natural, sin afeites ni maquillajes que disimulen o encubran los rasgos de la criatura. Ese deseo de imparcialidad no sólo es laudatorio a nivel de procedimiento. Además, adquiere una particular relevancia en el caso de Rolland puesto que tanto el hombre como su pensamiento fueron en su época objeto de controversias que han enturbiado la valoración del mismo, reduciendo sus posiciones hasta simplificarlas de manera equívoca. El legado transmitido a la posteridad se corrige, pues, con la empresa llevada a cabo por Duchatelet, sin que sea éste su único mérito.

Romain Rolland se ejercitó él mismo en la escritura de biografías que aplicó a individuos de diversa índole: el universo musical constituyó una de sus fuentes para componer *Millet*, *Vida de Beethoven*, *Haendel* o *Beethoven*, las grandes épocas creadoras, también se fijó en el ámbito artístico para elaborar su *Vida de Miguel Angel*. Los acontecimientos que la existencia le deparó le llevaron a escribir su *Vida de Tolstoi*, su *Mahâtmâ Gandhi* o su *Ensayo sobre la mística y la acción de la India viva: la Vida de Ramakrishna*. Por último, al final casi de sus días la amistad y las afinidades ideológicas le llevaron a escribir su *Péguy*. Pero, incluso cuando el escritor aborda el campo de la ficción y crea un personaje, considera que conviene abrazar el conjunto de su trayectoria en lugar de etapas sucesivas con el fin de poder distinguir la luz interior que guía su comportamiento, por muy contradictorio que parezca. También Duchatelet sigue ese mismo principio: el hilo cronológico mediante el cual distribuye la obra y que secciona minuciosamente los setenta y ocho años distribuidos en lapsos breves y

precisos es sólo un medio de estructurar el contenido. De hecho, ese procedimiento persigue captar con la mayor fidelidad posible los múltiples *Yo* característicos de la idiosincrasia rollandiana, tal como él los concebía, en su momento, para su *Beethoven*.

Entre los méritos del biógrafo cabe añadir no sólo la honestidad de su propósito sino la manera en que se lleva a cabo. Duchatelet hace gala de saber eclipsar su voz, de saber disimularse tras las palabras del mismo Rolland a menudo convocadas en sus más distintas vertientes: recurre al discurso público, tanto de las obras de ficción como de las de pensamiento, sin olvidar las confesiones privadas latentes en la escritura de su diario íntimo y en la abundante correspondencia mantenida, valorando, cuando las circunstancias lo requieren, los silencios que, de otro modo, pasarían desapercibidos a los ojos del neófito. Incluso a nivel formal el lector agradece la sobriedad de estilo con la cual se transcriben los pasajes escritos de la mano de Rolland: las indicaciones técnicas donde se referencia la ubicación de los fragmentos, las notas al final de la obra, reducidas a las imprescindibles, lejos de distorsionar la lectura favorecen la atención en el cuerpo del texto. La polifonía de los narradores se une para propiciar una imagen global. Imagen que, a nuestro juicio, gira en torno a tres polos: el del hombre, el del artista y el del hombre público.

En la primera acepción el biógrafo destaca los acontecimientos que lo abocaron a un sentimiento trágico de la existencia: en primer lugar aparece su delicada salud. Nacido en 1866, contaba escasamente con un año cuando, por negligencia de una sirvienta, sufre una bronquitis capilar. El lector puede percibir el pesado lastre que ese terrible accidente siembra hasta sus últimos días en 1944. Contemplamos entonces a un Rolland débil, con apenas fuerzas para mantener su diario pero con la clarividencia de un ser lúcido y generoso que, la víspera de Navidad, escasamente a una semana de su muerte, es capaz de disculpar los enfados de su mujer aduciendo: "C'est un tort de durer trop longtemps!"

A ello se une la profunda soledad padecida: durante su infancia la muerte precoz de su hermana mayor y el desequilibrio emocional que esta pérdida ocasiona en su madre sume al joven en el pesimismo. Encerrado en su mundo, dos vías le sirven de exutorio: la imaginación y la música, ambas con indiscutibles repercusiones en el ámbito intelectual.

Ese volcán del cual hablaban sus compañeros se manifiesta en sus diversas relaciones sentimentales. Sería inexacto calificar a Rolland de enamorado. Duchatelet lo presenta más bien como un ser falto de cariño que intenta buscar refugio en sus compañeras. Asistimos así a la pura amistad con Louise Cruppi o con una mujer mucho mayor, Malwida von Meysenbug, con quien mantiene una relación intelectual puesto que, por su cultura, ésta le abre las puertas de un mundo distinto al de su propia familia, pasando por

Sofia Guerrieri-Gonzaga por quien, en su juventud, Rolland es víctima de un amor imposible y que tampoco se hará efectivo en su reencuentro muchos años después, hasta la judía Clotilde Bréal, futura esposa del escritor pero cuyo matrimonio conduce a un rotundo fracaso por la disparidad de intereses que guían a sus respectivas morales. Habrán de pasar unos años para subsanar el desequilibrio en el cual le ha sumido su divorcio. Una perspectiva que, a su vez, permite a Rolland valorar los límites de sus posteriores relaciones con Olga de Lichtervelde o Helena van Brugh de Kay.

También en este aspecto el lector apreciará el *savoir-faire* del biógrafo que narra con prudencia los devaneos junto a "Thalie", pero a la vez su objetividad cuando sitúa a Marie Koudacheva en su lugar pertinente: sin acusarla directamente de la ceguera que provoca a Rolland en sus calificaciones a la entonces U.R.S.S., la reconoce como uno de los factores que explican su adhesión incondicional hacia el fin de su vida.

Pero las fluctuaciones del individuo no pueden argumentarse con justicia de no tener en cuenta su trayectoria como artista. Desde una edad muy temprana vemos al joven estudiante interesarse por la música e iniciarse en la escritura de géneros como la novela, el ensayo y el teatro. Esas dos actividades le acompañarán el resto de su existencia: la primera, de especial relevancia no sólo por sus repercusiones en las obras sino porque en su vida laboral aportará una considerable fuente de ingresos; la segunda, porque forma parte de sus aspiraciones más íntimas, además de lanzarlo a la fama.

Durante largo tiempo el prestigio se le resistió: el estudio biográfico refleja cómo en 1895 el escritor conduce un combate sin tregua (llega incluso a considerar la posibilidad de presentar sus obras bajo un pseudónimo) para darse a conocer en el ámbito literario. A la vez lleva a cabo un trabajo encarnizado, constante, cuyos frutos marcan un hito en la historia de la literatura contemporánea. En efecto, en la mayoría de manuales, gracias a su *Jean-Christophe*, Romain Rolland aparece como el descubridor del orden de *Roman-fleuve*, posteriormente explotado por otros insignes creadores del orden de Georges Duhamel, Jules Romains o Roger Martin du Gard.

Escrita en diez volúmenes, *Jean-Christophe* narra la vida de un músico famoso y su experiencia con la Historia. La escritura se tiñe de matices musicales para testimoniar su reconocimiento a este arte, su fe en la unidad europea y su deseo de concienciar a los pueblos sobre esa necesaria unión. La erudición de Bernard Duchatelet permite al lector observar la génesis de esta obra colosal que integra las vivencias del propio escritor: sus problemas de la adolescencia, la sentimentalidad novelesca latente en su estancia en Roma, la lucha por vencer la indiferencia del mundo, sin olvidar sus preocupaciones por los acontecimientos de la época.

De hecho, sería injusto, como ha sucedido desde el estallido de la primera guerra mundial, valorar a Rolland ignorando los vaivenes de su pensamiento.

Es cierto que pronto se interesa por el socialismo “air du temps”, al estilo de Péguy, esto es, en el sentido de doctrina moral y filosófica; es cierto también que con “Au-dessus de la mêlée” persigue un acto de conciliación entre los países enfrentados que casa mal con el odio por lo germánico manifestado por sus compatriotas; es cierto que su confianza en el halo redentor de Rusia se indispona con el intelectual que en otros tiempos atacara al bolchevismo. No obstante, conviene recordar, por una parte, que en su día no era fácil interpretar el tiempo en el cual vivió y por otro lado, que, aun con su sed de clarividencia y de recto discernimiento, ni siquiera él se encontraba a salvo de las contradicciones. Desde ese enfoque, el mérito indiscutible del presente biógrafo consiste en huir de las simplificaciones mencionadas: Duchatelet sitúa en su justo lugar actividades menos divulgadas como la contribución de Rolland desde 1914 a 1916 con la *Agencia de prisioneros de Ginebra*, un organismo dependiente de la Cruz Roja e intermediario entre los prisioneros de guerra de todas las naciones y sus familias. El escritor realiza allí una tarea considerable según demuestran casos como los de Jacques Rivière o Alain Fournier, por sólo citar dos nombres conocidos. Esa es su forma de demostrar su compromiso con la sociedad, como lo es su empeño por agrupar a las almas partidarias del internacionalismo. También interesante es su apoyo a los republicanos españoles, a favor de los cuales interviene frente a Léon Blum tras el estallido de la guerra civil...

Estos y otros detalles convierten la obra de Bernard Duchatelet en un instrumento de referencia ineludible para los estudiosos de Romain Rolland o simplemente, para quien se interese por una época de la cual todos somos deudores.

M. Carme Figuerola

Les chemins de l'absolu, Actes du colloque Jean Grenier, Saint-Brieuc, 21 et 22 novembre 1998, Ville de Saint-Brieuc, 1999.

Para celebrar el centenario del nacimiento de Jean Grenier, la ciudad de Saint-Brieuc en la que transcurrió gran parte de la infancia de este autor, organizó un coloquio en su honor que tuvo lugar durante los días 21 y 22 de noviembre de 1998.

Las comunicaciones presentadas durante el coloquio han dado lugar a un libro *Les chemins de l'absolu (Los caminos del absoluto)*, publicado por la ciudad de Saint-Brieuc. Estos textos nos ofrecen una gran diversidad temática y nos presentan el pensamiento, los gustos y las preferencias de Jean Grenier realizando un retrato bastante completo del escritor en toda su complejidad.

Jean Grenier, como bien lo subrayan los organizadores —Tanguy Dohollau, Rollan Le Clézio y Jean-Charles Sacci— ocupa en la historia del

pensamiento y de la filosofía de la primera mitad del siglo XX un lugar destacado por su originalidad. Se caracteriza por la denuncia en los años 30 del “espíritu de ortodoxia” y se muestra crítico con los dogmatismos. Aparte, la totalidad de su obra puede entenderse como una larga meditación sobre la vida y su relación con lo Absoluto.

Podemos seguir el hilo de sus obsesiones al filo de la lectura de los artículos que componen el libro.

Toby Garfitt de la Universidad de Oxford nos introduce en el mundo de las relaciones de Jean Grenier con Jean Paulhan y la revista que dirigía, *La Nouvelle Revue Française*. Garfitt señala que la primera colaboración de Grenier en la NRF remonta a 1925. Se trata de la reseña de *L'Épervier (El Gavián)* de Luis Martín Chauffier. A partir de 1927, Grenier se convierte en secretario en las ediciones de la revista. Sus colaboraciones cuestionarían no sólo las tendencias pro-comunistas en el seno de la revista sino también su politización creciente, debido a las influencias de Gide, de Malraux e incluso de Gaston Gallimard. Sin embargo Grenier no era un adepto incondicional del partido de Paulhan. Se sitúa al lado de las personas que privilegian la postura humanista frente al Estado, frente a la tradición y la fuerza.

1934 fue, como señala Garfitt, un año decisivo tanto para Grenier como para la NRF así como para toda Francia. Lo señala en su crónica periódica titulada “el clima del mes”; expone en la misma una visión tradicional de la finalidad de la educación; vuelve a repetir sus temores sobre el empobrecimiento que se prepara si la doctrina del realismo socialista se interpreta en el sentido estricto de “describir el decorado social o material de la vida obrera”; nos hace partícipes también de sus consideraciones sobre el compromiso.

Asimismo publica un largo artículo titulado *La edad de las ortodoxias*. El artículo empieza con un penetrante análisis de la postguerra: a la “edad de las negaciones” (1917-1924) sucedió primero “la edad de las herejías” (1924-1932), caracterizada por la inquietud y por último “la edad de las ortodoxias” que se distingue preferentemente por el compromiso político. Sigue luego una apología a favor de la libertad de pensamiento. “El socialismo, nos dice Grenier, en lugar de estrechar la amplitud de miras, debería desarrollarlas”. La segunda parte del artículo aporta un complemento útil trazando una evolución parecida en el campo religioso. Quiere mostrar que ni el neotomismo ni el neo-marxismo representan aisladamente toda la verdad.

Grenier no consideró la oportunidad de hacer públicas sus dudas políticas. No menciona el peligro del fascismo ni la necesidad de plantarle cara. Quiere continuar con la manera de hacer y de actuar de Albert Thibaudet, cuyas críticas se caracterizaban por la imparcialidad. Redacta un complemento a su artículo *La ortodoxia contra la inteligencia* en el que se manifiesta contrario